

miento del maestro, dándole al parecer el rigor de la geometría.

Es un acta de acusación en regla. La teodicea, esa gloria de Leibnitz, es atacada en sus bases. "¿Qué es un Dios que no es libre? Es más bien la fatalidad que un Dios creador. Ahora bien, Leibnitz dice que Dios, al crear el mundo, ha debido escoger el más perfecto: ¿dónde está, pues, su libertad? Dios ha escogido el mundo más perfecto, dicen nuestros nuevos filósofos. Olvidan las palabras del Hijo Dios, que nos promete una nueva tierra y nuevos cielos. Solamente al final de este mundo creará Dios un mundo perfecto para los elegidos. ¿Quién, pues, si es cristiano, se atreverá á decir que la tierra que habitamos es la más perfecta que ha podido salir de las manos del Creador? ¿Desconocen nuestros filósofos el pecado original? ¿No saben que este mundo está en poder de los malos espíritus, que la razón humana se ha debilitado, alterado por la falta del primer hombre? ¿Que hasta la materia se halla viciada y el mal extendido por todas partes? ¡Y este mundo ha de ser el más perfecto de los mundos! Los que lo dicen podrán ser filósofos, pero seguramente no son cristianos. En efecto, aun admitiendo los dogmas del cristianismo, los desnaturalizan, y en realidad, los destruyen. Reconocen la existencia del mal, pero falta poco para que hasta la misma palabra se convierta en un bien, porque dicen que si hubiese menos mal en el mundo dejaría de ser perfecto. ¡El mal una condición de perfección! ¿Es esto lo que nos enseñan San Pablo y San Agustín? Según nuestros nuevos filósofos, el mal es necesario, fatal; es una consecuencia de nuestra imperfección, una limitación inherente á todo ser creado. Olvidan una vez más su Biblia, la cual nos enseña que el mal ha venido á este mundo como consecuencia de una falta, que el mal es una pena. Nuestros filósofos hablan también de pena, pero es de labios afuera. ¿Puede hablarse de castigo cuando el hombre no es libre? ¿Y es libre el hombre, si es cierto, como enseñan Leibnitz y su discípulo, que se halla determinado en todas sus acciones por causas que no dependen de él? Hé aquí una libertad á la manera de Espinosa. ¡Por tanto, ni libertad en Dios, ni libertad en el hombre! ¡Tales son las bases sobre que se elevan la moral y la religión!," (1).

(1) La censura de la facultad se halla en extracto en SCHMIDT, *Geschichte des geistigen Lebens in Deutschland*, t. 1, p. 414-416.

Hé aquí el acta de acusación dirigida por los protestantes. ¿Qué sería si los jueces fueran católicos sinceros! Los ortodoxos modernos que reivindicaban á Leibnitz en pro de su causa tienen que cerrar los ojos á la luz, tienen que contentarse con palabras, fórmulas de urbanidad, señales de benevolencia y transacciones consentidas por el muy condescendiente pensador. Para el que quiere dejar á un lado las *libres interpretaciones* de Leibnitz y sus *esfuerzos* por conciliar el dogma con la razón, no queda ni sombra de duda acerca de sus verdaderas ideas. Es cristiano por el lenguaje y libre pensador en el fondo. Es decir, que, á pesar de todos sus *esfuerzos*, no consiguió conciliar el cristianismo y la filosofía. ¿Quién se atreverá á vanagloriarse de salir bien allí donde Leibnitz ha fracasado?

§ V.—Bayle.

I

Descartes, Malebranche, Leibnitz, pretenden que la fe y la razón son idénticas; pero cuando los dos últimos de estos ilustres filósofos trataron de demostrar la conformidad del cristianismo y de la filosofía incurrieron en herejías y fueron rechazados por los teólogos ortodoxos. Hé aquí un pensador que se llama también cristiano, pero que abraza resueltamente una opinión sobre la incompatibilidad de la revelación milagrosa y de la razón humana. Bayle pone la filosofía frente á frente del Evangelio. ¿Qué piensa Jesucristo de nuestra sabiduría? ¿Se ha tomado Jesucristo el trabajo de armonizar su predicación con la ciencia tan decantada de los Griegos? "Su destino ha sido más bien, dice Bayle, confundir toda filosofía y hacer ver su vanidad. Ha querido que su religión chocase, no solamente con la religión de los paganos, sino también con los aforismos de su sabiduría. Ha querido que sus discípulos y los sabios de este mundo fuesen tan diametralmente opuestos que recíprocamente se tratasen de locos; ha querido que así como su Evangelio parecía una locura á los filósofos, la ciencia de éstos pareciese á su vez una locura á los cristianos," (1).

(1) BAYLE, *Noticias sobre los Pyrronistas* (Diccionario, t. IV, página 642).

Nuestros ortodoxos, que leen mucho los periódicos católicos, pero que apenas leen la Sagrada Escritura, se admirarán de oír semejante lenguaje en boca de un cristiano; sospecharán sin duda que el malicioso Bayle haya exagerado ó aun alterado el pensamiento de Jesucristo. Escuchen, pues, al Espíritu Santo hablando por boca de San Pablo: "Jesucristo me ha enviado para predicar el Evangelio, y predicarle *sin emplear en ello la sabiduría de la palabra; para no anular la cruz de Jesucristo*. Porque la palabra y la cruz es una *locura* para los que se pierden, pero para los que se salvan es *la virtud y el poder de Dios*. Por esto está escrito: *Yo destruiré la sabiduría de los sabios y aboliré su ciencia*. ¿Qué ha sido de los sabios? ¿Qué ha sido de aquellos que buscan con tanta curiosidad la ciencia de este siglo? ¿No ha confundido Dios con su *locura la sabiduría de este mundo*? Porque Dios, viendo que el mundo con la sabiduría humana no le había reconocido en las obras de su sabiduría divina, ha tenido á bien salvar por la *locura de la predicación* á los que creyeran en él. Los judíos pedían milagros y los gentiles buscan la sabiduría. En cuanto á nosotros predicamos á Jesucristo crucificado, que es un *escándalo* para los judíos y una *locura* para los gentiles, pero lo que parece una *locura es más sabio que la sabiduría de todos los hombres*. Considerad á aquellos á quienes Dios ha llamado á la fe; hay pocos sabios según la carne. Dios ha escogido los menos sabios según el mundo, para confundir á los sabios," (1).

Es tan cierto que la filosofía, tal como la razón la enseña, no puede conciliarse con el cristianismo, que los filósofos para ser cristianos tendrían que empezar por abdicar su sabiduría. Tal vez no creeríais á Bayle, pero creeréis á San Juan, por mejor decir á Jesucristo, el Verbo de Dios, porque él es el que habla: "Aquel que no renazca á una nueva vida no puede ver el reino de Dios," Los filósofos deben dejar de ser filósofos si quieren ser discípulos de Cristo; deben morir como filósofos á fin de renacer como cristianos. Bayle tiene muchísima razón y es más cristiano que todos los filósofos cristianos del mundo cuando dice: "Es absolutamente preciso optar entre la filosofía y el Evangelio: si no queréis creer nada más que lo que es evidente y conforme á las nociones comunes, se-

guid la filosofía y abandonad el cristianismo; si queréis creer los misterios incomprensibles de la religión, seguid el cristianismo y abandonad la filosofía. Porque poseer á la vez la evidencia y la incomprensibilidad es imposible: la combinación de estas dos cosas es tan imposible como la combinación de la figura cuadrada y de la figura redonda. Es absolutamente necesario optar. Si las comodidades de una mesa redonda no os satisfacen, haced una cuadrada; pero no pretendáis que la misma mesa os facilite las comodidades de una mesa redonda y de una mesa cuadrada," (1).

Es decir, que la famosa identidad de la fe y de la razón, que era un axioma para Descartes y sus discípulos, es para Bayle el problema de la cuadratura del círculo. No se limita á probar que la filosofía y el cristianismo son inconciliables, sino que se complace en esta lucha interminable entre la revelación y la razón humana. Descartes, por prudencia, evitó el combate. Malebranche se lanzó á él sin reservas, con la vehemencia francesa, y pereció en él. Leibnitz recurrió á una libre interpretación de las creencias cristianas y no dejó subsistir más que el nombre. Bayle gusta también de mezclarse en la lucha, pero es para reirse de los combatientes. Dice á los filósofos que se creen cristianos: "Tened cuidado, abris el santuario al enemigo. Vuestra razón es más capaz de refutar y de destruir que de probar y de edificar. Sujetadla á prueba, oid sus objeciones contra vuestras verdades teológicas: no hay ninguna sobre la que no presente grandísimas dificultades. Si la seguís en sus disputas hasta donde quiera llegar, os encontraréis con muy serias dificultades. Hay dogmas que creéis como verdades divinas; pues bien, la razón los combate con objeciones insolubles. Persuadíos de que la religión nos ha revelado cosas que os parecerán falsas si las queréis juzgar según vuestras ideas filosóficas. Si os empeñáis absolutamente en razonar vuestra fe, no tenéis más que hacer una cosa, reconocer los reducidos límites del espíritu humano; y cuando encontréis una de esas dificultades que la razón declara insolubles, tenéis que reiros de sus objeciones; es preciso obligarle á rendir las armas y aceptar voluntariamente las cadenas de la fe," (2).

(1) BAYLE, *Diccionario*, t. IV, p. 644.

(2) BAYLE, *Coloquios de Máximo y de Themisto* (Obras, t. IV, página 42).—*Respuesta á las preguntas de un provincial*, c. CLVI (Obras, t. III, p. 840).

(1) Véanse las pruebas en BAYLE, t. IV, p. 642.

La servidumbre voluntaria será siempre una rara excepción; se la encuentra allí donde la razón se halla todavía en la infancia; pero en cuanto tiene conciencia de sí misma, tiene también conciencia de su libertad; sintiéndose libre por la voluntad de Dios, ¿cómo ha de aceptar las cadenas que la fe le quiere imponer? Para un Pascal que consiente embrutecerse castigando su cuerpo y su inteligencia, hallaréis cien Voltaires que se reirán de vuestra proposición. Los ortodoxos han conocido el peligro, y para contener á esa indócil y exigente razón en el seno de la Iglesia han tratado de hacerle creer que los dogmas revelados son, es verdad, incomprensibles, pero que esto no prueba que sean contrarios á la razón, sino que únicamente los misterios están sobre la razón. ¿Qué dice Bayle de la famosa distinción de Leibnitz? Aun permaneciendo en el terreno del cristianismo le es fácil demostrar su inutilidad. "Si algunas doctrinas dice, están por encima de la razón, están fuera de su alcance. Si están fuera de su alcance, no puede llegar á ellas. Si no puede llegar á ellas, no puede encontrar en ellas ninguna idea, ningún principio que sea origen de solución, y, por consiguiente, las objeciones que haya hecho quedarán sin respuesta, ó, lo que es igual, no se responderá más que por alguna distinción tan oscura como la tesis misma que haya sido combatida. Ahora bien, es muy cierto que una objeción que se funda en nociones muy distintas queda igualmente victoriosa, sea que no contestéis nada, sea que deis una respuesta que nadie llegue á comprender.", (1).

La distinción de Leibnitz entre lo que es contrario á la razón y lo que está por encima de la razón es una falta de sentido común que la razón no puede concebir; porque ¿cómo puede saber que una cosa que no comprende no es contraria á la razón? Para poder afirmarla, ¿no necesita comprenderla? Confesemos, pues, dice Bayle, que los misterios del cristianismo son de un orden sobrenatural, y, por consiguiente, no se puede ni debe sujetarlos á las reglas de la luz natural. ¿Quiere decir esto que se los debe rechazar? "Si no pueden sufrir la prueba de las disputas filosóficas, contesta Bayle, es por razón de su grandeza y de su sublimidad. Su carácter esencial es ser un objeto de fe y no un objeto de ciencia. Si la razón pu-

(1) BAYLE, *Noticias sobre los ateos* (Diccionario, t. IV, p. 680).

diese resolver todas sus dificultades, no serían misterios. En lugar de hallar extraño que alguno confiese que la filosofía puede atacarlos, pero no rechazar el ataque, debería causar escándalo que alguien dijera lo contrario.", ¿No equivale esto á decir con Tertuliano: *Creo porque es absurdo?* Bayle reemplaza el *porque* por un *aunque*; es una fe menos robusta que la del Padre de la Iglesia, pero todavía muy fuerte. En efecto, aun suponiendo, dice Bayle, que un misterio parezca imposible á nuestra razón, suponiendo que sea combatido por las máximas más evidentes de los lógicos, habrá, sin embargo, que creerlo si está contenido en la Escritura. Bayle concluye diciendo: "Cuando la razón dice una cosa y la revelación otra, debemos cerrar los oídos á la voz de la razón. La filosofía debe doblegarse ante la autoridad de Dios, y arriar la bandera á la vista de la Escritura.", (1).

Bayle añade que la razón misma nos conduce á someternos de esta manera. ¿Cómo puede la razón llevarnos á creer misterios que nos presenta como imposibles? Este es el triunfo de la fe; oigamos á nuestro filósofo: "¿No está persuadida la mayor parte del mundo cristiano de la presencia real, á pesar de las objeciones insolubles que llueven sobre este dogma? ¿No ha sido preciso, en pro de esta doctrina, condenar los axiomas más evidentes de la física? ¿No se pretende que esto pone de relieve la fe y la hace más meritoria?", (2). Leibnitz y todos los filósofos que quieren conciliar la fe y la razón no lo entendían. ¡Vaya un mérito el creer que dos y dos son cuatro! ¡Pero creer que tres hacen uno, eso ya es algo! Esto tiene mérito, porque es preciso cerrar los ojos y los oídos y exclamar: yo creo. Esto nos hace ganar el cielo. Creeréis que Bayle se ríe de vosotros. Habla el lenguaje de los Padres de la Iglesia: "El mérito de la fe es más grande, á proporción que la verdad revelada de que se trata excede de todas las fuerzas de nuestro espíritu; porque á medida que la incompatibilidad aumenta por el gran número de máximas de la luz natural que le combaten, nos es preciso sacrificar á la autoridad de Dios mayor repugnancia de la razón, y, por consiguiente, nos mostramos más sumisos á Dios y le damos mayo-

(1) BAYLE, *Diccionario*, t. IV, p. 632, y *Continuación de los pensamientos diversos*, § 56.

(2) BAYLE, *Respuesta á las preguntas de un provincial*, capítulo CXXVIII (Obras, t. III, p. 762).

res muestras de nuestro respeto que si la cosa fuese medianamente difícil de creer.", Es, añade Bayle, la imagen del sacrificio de Abraham (1).

Hemos dejado la palabra á Bayle; habría también que oír á la razón y preguntarle lo que piensa del sacrificio á que se le invita. El tiempo de los patriarcas ha pasado; hoy nadie creería ya en una voz que manda á un padre matar á su hijo, si quiera sea la voz de Dios. No tenemos ya la fe de Abraham; quisiéramos que lo que se nos manda creer estuviese en armonía con la razón. Es un error en que estamos; Bayle tiene razón en rechazar la razón. Una anécdota, contada por un hombre de talento, servirá de respuesta á las dificultades que esta razonadora trata de suscitar contra la doctrina cristianísima de nuestro filósofo. Es una conversación del mariscal d'Hocquincourt con un reverendo padre; había sido incrédulo y había vuelto á la fe, y precisamente, como dice Bayle, haciendo callar á su razón. Oigamos lo que dice San Evremundo: "¡El diablo me lleve, dice el mariscal, si yo creía algo! Desde aquella época yo me haría crucificar por la religión. No es que yo vea ya más razón, por el contrario, menos que nunca; pero yo no sé decirlo sino que me dejaría, sin embargo, crucificar, sin saber por qué.—Tanto mejor, monseñor, replicó el fraile con un tono devoto, tanto mejor; éstos no son movimientos humanos, esto viene de Dios. *Nada de razón*; esta es la verdadera religión; *nada de razón*. ¡Qué gracia tan singular os ha hecho Dios, monseñor! *Estote sicut infantes!* ¡Sed como niños! Los niños conservan su inocencia, ¿y por qué? Porque no tienen razón. *Beati pauperes spiritu!* Bienaventurados los pobres de espíritu. No pecan: la razón es porque no tienen razón. *Nada de razón, no sé qué decir, no sé por qué*. ¡bellas palabras! ¡Deberían escribirse en letras de oro! *No es que yo vea más razón, por el contrario, menos que nunca*. En verdad, esto es divino para los que gustan de las cosas del cielo. *Nada de razón*: ¡qué singular gracia os ha hecho Dios, monseñor!,"

¡Nótese que es Bayle quien recuerda la anécdota! En verdad, sin ser maliciosos, se podría sospechar que Bayle se ríe de la fe, porque tiene demasiada razón para burlarse de la razón. Lo cierto

(1) BAYLE, *Noticias sobre los Pyrronianos* (Diccionario, t. IV, página 644).

es que se ríe de alguno. Sin duda de los filósofos que se creen cristianos. Pero él, Bayle, que prueba también que la fe y la razón no tienen nada de común, ¿es un hombre de fe? Él lo dice; sostiene que jamás ha manifestado nada que ataque al calvinismo, en el que había nacido y que profesaba (1). ¿Por qué, pues, se complace incesantemente en presentar la fe en oposición con la razón? No es por debilitar la fe, es, por el contrario, por fortalecerla. ¿Cómo? Esto es lo que Bayle va á explicarnos: "La razón es un principio de destrucción y no de edificación; no es propia más que para suscitar dudas. No creo engañarme diciendo de la revelación natural, es decir, de las luces de la razón, lo que los teólogos dicen de la escuela mosaica. Dicen que era un pedagogo para conducirnos á Jesucristo. Otro tanto, poco más ó menos, decimos de la razón: no es propia más que para dar á conocer al hombre sus tinieblas y su impotencia y la necesidad de otra revelación. Es más útil de lo que se cree el humillar la razón del hombre mostrándole con qué fuerza las más locas herejías se burlan de sus luces. Esto nos enseña á no tomar la razón como regla de fe; los que lo hacen, tales como los socinianos; se lanzan en un camino extraviado, en el que se ven conducidos de grado en grado hasta negarlo todo ó hasta dudar de todo. ¿Qué es, pues, preciso hacer? Es preciso cautivar su entendimiento bajo la obediencia de la fe y no disputar jamás sobre ciertas cosas.", (2).

¿Debe tomarse en serio á Bayle? Todo lector se inclina á creer con Strauss que este Pascal reformado se ríe del mundo, que las concesiones que hace á la fe son cumplimientos (3), que en el fondo es racionalista. Pero solamente Dios puede escrutar los pliegues y repliegues de la conciencia. Bayle no acepta jamás la razón como juez de la fe; por el contrario, la rechaza como un principio fatal de incredulidad. Es menester, pues, creerle, á menos de acusarle de haber representado una farsa toda su vida. Después de esto, preciso es confesar también que si Bayle ha conservado la fe, á pesar de todas las objeciones que su razón presenta contra el dogma, no la deja á los que le leen, por poco predispuestos que se hallen á dudar. Voltaire

(1) BAYLE, *Noticia* (Diccionario, t. IV, p. 626).

(2) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Maniqueos*, nota D, y en la palabra *Paulicianos*, nota F.

(3) STRAUSS, *Die christliche Glaubenslehre*, t. I, p. 325, 332.

le caracteriza perfectamente diciendo: "No podía convencerse de que fuese impio, pero hacia impios," (1). Sus contemporáneos ya tenían dudas sobre su ortodoxia; un ministro reformado, digno de medirse con Bayle, dice de él: "No quiero penetrar en las miras secretas del autor; pero lo compadezco por el estado en que se encuentra. Si su cristianismo no se establece más que sobre las ruinas de la razón, debería coronarse con este elogio: ¡Oh, hombre, tu fe es grande! Dios lo sabe; guardémonos de juicios temerarios," (2). La posteridad ha visto el uso que han hecho los libres pensadores de los escritos de Bayle; á sus obras, dice un enemigo del siglo XVIII, es donde han ido á buscar los filósofos todo cuanto han dicho contra la religión (3).

Dejando las intenciones á un lado, preciso es reconocer que Bayle, por más que se llame cristiano, es el precursor de Voltaire. Tiene el tono irónico que caracteriza al rey del siglo XVIII. Oigamos su respuesta al ministro reformado, que se esforzó en poner de acuerdo la razón y la fe: "Se le puede contestar que los que siguen sus ideas son dignos literalmente de aquella censura de Jesucristo: ¡Oh, gentes de poca fe y duros de corazón para creer! No quieren someterse á los oráculos del Espíritu Santo sino después que sus cortas luces han manifestado su conformidad," (4). No hubiera dicho más Voltaire. Digase lo que se quiera de las creencias de Bayle, su obra subsiste: un incrédulo podría suscribirla. Destruye los dogmas cristianos, sin faltarles al respeto, ó al menos aparentando respetarlos. Su gran placer es hacer combatir á la razón contra la fe. ¿Quién saldrá vencedor de la lucha? La fe, dice Bayle, porque la impotencia de la razón se manifiesta claramente. ¡Extraña impotencia! La razón hace objeciones contra la fe, á las cuales la fe no puede contestar, y es la fe la que queda triunfante! Sí, á los ojos de aquellos que tienen la fe robusta de Tertuliano, y que gustan de crear una cosa porque es absurda. Pero ¿era ésta la disposición de espíritu de aquellos á quienes se dirigía Bayle? Hemos oído á un juez autorizado, á un observador atento; Leibnitz veía derrumbarse

(1) VOLTAIRE, *Misceláneas*, t. XLII, p. 211, edic. Renouard.

(2) JACQUELOT, *De la armonía de la fe y la razón*, p. 222.

(3) *Memorias para la Historia eclesiástica del siglo XVIII*, por PICOT, t. I, p. 41.

(4) BAYLE, *Respuesta á las preguntas de un provincial*, capítulo CLXI.

la fe, precisamente porque no podía resistir á los ataques de la razón, y un filósofo pretende reforzarla multiplicando las pruebas de la incompatibilidad de la razón y de la fe cristiana! De cien lectores, ni uno le ha creído; se han atendido á las objeciones insolubles de la razón y han dejado los misterios para los que no tienen razón ó no quieren servirse de ella. Vamos á asistir al duelo de la razón y de la fe, tal como Bayle se complace en representarlo, y veremos quién triunfa, si el cristianismo ó la filosofía.

II

El dogma cristiano consiste en misterios. En primer lugar hallamos el misterio de la Trinidad: es un concepto de Dios del que, claro está, la razón no comprende nada. Importa poco, dicen los ortodoxos; esto prueba que la verdad revelada está por encima de nuestra débil razón; esto no prueba que sea contraria á la razón. ¿Es también ésta la opinión de Bayle? Acumula objeciones contra al Trinidad, y desafía á la fe á que conteste. Expondremos como muestra las dos primeras: I. "Es evidente que las cosas que no difieren de una tercera no difieren entre sí: esta es la base de todos nuestros razonamientos, sobre esto fundamos todos nuestros silogismos, y, sin embargo, la revelación del misterio de la Trinidad nos asegura que este axioma es falso." Falso á los ojos de la fe, sí; pero ¿qué deducirán de ahí los libres pensadores? Cuando la fe dice que dos y uno hacen uno, y la razón nos enseña que dos y uno hacen tres, ¿qué hemos de pensar de la fe? Que el pretendido misterio, lejos de ser una verdad revelada, es una quimera, una excelente invención para encadenar el espíritu humano; pero una invención que el espíritu humano no acepta desde el momento en que aspira á la libertad. Continuemos. II. "Es evidente que no hay diferencia alguna entre individuo, naturaleza, persona; sin embargo, el misterio de la Trinidad trata de convencernos de que las personas pueden ser multiplicadas, sin que los individuos y las naturalezas dejen de ser únicas," (1). ¿Qué seguirán diciendo los libres pensadores? Dirán que semejante concepto no es una verdad revelada por Dios, porque Dios no revela galimatías;

(1) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Pyrron*, nota B.

que si un dogma es absurdo hasta este punto, es preciso dejarlo para los que creen con el mariscal d'Hocquincourt y su reverendo padre que nada de razón es la verdadera religión cristiana.

En la Trinidad figura el Hombre-Dios. Nuevo misterio igualmente racional, puesto que une en un mismo ser lo finito y lo infinito. Este dogma tiene por su más sólido fundamento otro misterio que se llama la caída. Todo el mundo sabe la historia del pecado original, tal y como se le enseña á los niños. Nada más tonto que la narración del Génesis; ha hecho las delicias de los incrédulos desde Juliano, llamado el Apóstata, hasta los filósofos del siglo XVIII. Es, sin embargo, una narración revelada, es decir, dictada por el Espíritu Santo. ¿Cómo va á salvar Bayle el honor del Espíritu Santo? "En todo cuanto los judíos y cristianos han dicho de la *tentación*, no hay nada que sea capaz de tentar á un filósofo. No hay que admirarse de esto; porque de la manera con que Moisés cuenta este funesto acontecimiento, parece que su intención no ha sido que supiésemos cómo había tenido lugar el suceso; y esto sólo debe persuadir á toda persona racional de que la pluma de Moisés ha estado bajo la dirección particular del Espíritu Santo," (1). No ha escrito Voltaire nada más malicioso sobre el pecado original. Hé aquí al Espíritu Santo, es decir, una persona de la Trinidad, dictando á Moisés la descripción de la caída. ¿Será, sin duda, para enseñar á los hombres lo que es la caída, y cuáles son sus terribles consecuencias? Nada de eso. El Espíritu Santo tiene á bien hablar sin decir nada, como lo haría un diplomático. ¡Si al menos se limitase á no decir nada! Pero dice tonterías de las que bien pronto se reirán hasta los niños. Y son estas tonterías las que prueban, según Bayle, que Dios mismo es quien las expone por boca de Moisés. ¡Oh filósofo cristiano! hé aquí un arranque que hará callar á esa razonadora razón y que robustecerá singularmente la fe ortodoxa.

El misterio del pecado original es digno de la historia de la caída. Bayle lo respeta mucho, y para hacerlo respetar y creer por los incrédulos se esfuerza en probar que está en oposición con el buen sentido, con la sana razón y con la voz de nuestra conciencia. "Es evidente que una criatura

(1) BAYLE, *Noticia de la república de las letras* (Obras, t. I, página 502).

que no existe no puede ser cómplice de una acción mala." Pues bien, la evidencia se equivoca, porque la teología enseña que todos nosotros hemos pecado antes de existir, y cuando la teología habla, la razón debe callar. "Es también evidente, continúa Bayle, que sería injusto perseguir como cómplices de una mala acción á los que no han podido pecar, puesto que no habían nacido," (1). Falsa evidencia, porque el pecado original nos dice lo contrario. Pero, se dirán todos aquellos que aprecien en algo su razón, si hay una evidencia de la fe que está en contradicción con otra evidencia de la razón, ¿no podrá ser que la falsa sea la pretendida verdad de fe? ¿No será ésta una de esas creencias forjadas, ya se sabe por quién y para qué? Los hombres han acabado por creer en la evidencia de la razón más bien que en la evidencia engañosa de una falsa fe.

Las objeciones insolubles de la razón dejan paradas á las personas racionales, pero los teólogos se rien, y tienen sus motivos para ello. Hacen, pues, de la caída un misterio terrible, deducen de él consecuencias espantosas. Como reformado, Bayle debía creer en la condenación de la inmensa mayoría de los hombres. Hé aquí un gran motivo de discusión entre la razón y la fe. Nuestro dialéctico no deja de hacerlas combatir una contra otra. El lector decidirá si es la fe quien triunfa. Bayle concede primero la palabra á la razón. "Ella nos enseña, dice, que no es por su gloria por lo que Dios ha creado al mundo y al género humano: él halla en sí mismo una gloria y una felicidad que no pueden aumentar ni disminuir. Si ha creado el universo, su bondad únicamente ha sido quien le ha determinado." La fe, que conoce el veneno que oculta esta máxima, niega que Dios haya creado el mundo por bondad, sino para su gloria, para ser alabado por sus criaturas. Hé aquí un Dios soberanamente bueno que se encuentra frente á un Dios soberanamente egoísta. El Dios egoísta de los teólogos es el verdadero, "porque el misterio de la caída lo requiere así." Si la razón dice lo contrario, es porque razona mal. ¡Viva, pues, el Dios egoísta! La pobre razón responde "que, sin embargo, Dios debe estar dotado de bondad, puesto que es la esencia de todas las virtudes. Ahora bien, la bondad de un ser infinitamente perfecto debe ser infi-

(1) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Pyrron*, nota B.